

DOMINGO XXIV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 32, 7-11.13-14): *Es un pueblo de dura cerviz.*

Salmo (50, 3-4.12-13.17 y 19): *«Me pondré en camino adonde está mi padre».*

2ª lectura (1ª Timoteo 1, 12-17): *Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores.*

Evangelio (Lucas 15, 1-10): *Este hijo mío estaba muerto y ha revivido.*

Dios Padre habla con Moisés como con un igual. No hay diferencias que alejan, ni dignidades que empobrezcan. Dios es una Persona, un “*tú dialogante*”, capaz de pasear (Edén), de hablar, de vivir en relación. No es ajeno, ni a la vida ni a las personas. “*Anda, Moisés, baja del monte –le dice– que pronto Mi pueblo se ha desviado del camino del bien y de la vida*”. Dios Padre está atento a sus hijos, dando oportunidad al cambio, enviando mensajeros, sabiendo que su Camino es el mejor camino.

Dios Padre *Todocariñoso* siempre se deja “*afectar*” –es el Dios de la Misericordia y el Perdón–, porque le duele toda carencia de sus hijos. Y Moisés intercede de tú a tú, para que el Señor se acuerde de sus promesas, para que siga cuidando al pueblo. Es importante la mediación de Moisés y más grande la Bondad del Padre: “*no nos trata según nuestras culpas, porque grande es su fidelidad*”.

Además de las mediaciones, la de Moisés y tantos otros, la decisión de volver a Dios siempre es personal. Unos nos lo recuerdan, otros nos ayudan..., pero cada uno tenemos que decidirnos. No basta el deseo, ni el entusiasmo fácil, ni las “*excusas de mal pagador*”...; no, hay que –con valentía y con la misma Fuerza del Espíritu– ponerse en camino, ir adonde está el Padre y confiar en que la Misericordia y Bondad de Dios siempre nos acoge y nos hace nuevos, renovados: **¡personas nuevas!**

Esto es motivo de gratitud, de superación de todo lo que hacemos mal en la vida. Bien lo experimentó Pablo, que de blasfemo y perseguidor pasó a ser testigo de Jesús, heraldo del Evangelio. Fijaros también en sus palabras: “*da gracias a Dios porque lo hizo capaz, se fio de él, le confió el ministerio*”. Y esto no por sus méritos (o sea, ninguno), sino por la Compasión, la Gracia, la Misericordia de Dios, que nunca rechaza a nadie. Y dichosos, dirá Jesús, el que no se escandalice de esto (porque no nos cabe en la cabeza tanto Amor).

No hay ninguna duda. En el Perdón y en la Misericordia es dónde Dios muestra su grandeza. Ahí tenemos las parábolas de la oveja o la moneda perdida, o la del padre de los dos hijos, que hemos reflexionado. Pero todo el Evangelio nos habla del perdón del Padre: «**¡Ánimo, tus pecados son perdonados!**» (Mt 9,2), «**Yo no te condeno**» (Jn 8,10)... En carne propia estamos invitados a sentir esa Misericordia.

La Iglesia siempre nos recuerda esa llamada a ponernos en camino y volver al Padre. Una y otra vez, las que haga falta. Es lo que hace el hijo que se va de casa: recapacitar, tomar la decisión, ponerse en camino, volver... La respuesta del Padre ya la sabemos: se conmueve, se nos echa al cuello, nos llena de besos, nos devuelve la dignidad perdida. **Ánimo**, pues, volvamos al Padre, que siempre nos espera.

Las tres parábolas del Evangelio de hoy, describen la extensión, hondura, intensidad y características del amor de Dios. Las tres quieren expresar el incondicional amor de Dios Padre y la alegría desbordante del encuentro con el hijo que regresa.

Cada uno podremos encontrar en nuestra propia vida pasajes paralelos con aplicaciones de la confianza en ese amor. No se dice aquí cómo debe ser la conducta observada con el prójimo: no juzguéis, no condenéis, amaos unos a otros, amad a vuestros enemigos. Lo que aquí se describe son las relaciones, relaciones directas y personales de cada ser humano con Dios su Padre y Creador: cómo puedo yo hablar con Dios, hasta qué punto puedo confiar en Él, qué virtud debe caracterizar mi vida de creyente.

En las parábolas nos habla Lucas de una oveja, una dracma y un hijo perdido. Siempre se trata de algo querido, de especial valor, eso que cuando se extravía pone nervioso y llega a perturbar el sueño. “*Perdido*” está algo que no se encuentra donde debía estar, por ejemplo una llave. También se aplica la palabra “*perdido*” a una situación sin esperanza: un enfermo desahuciado, un negocio en quiebra. Dios busca esas vidas sin esperanza.

Alguien definió a Dios como un “*buscador*”: Dios busca y sale al encuentro del hombre. Los hombres también somos “*buscadores*” de Dios. Unos le buscan directamente (los místicos). Otros le buscan indirectamente, quizá inconscientemente, en la obra de la Creación (los investigadores). Hasta la Encarnación eran sobre todo los hombres los que iban al encuentro de Dios. Desde la Creación es Dios el que espera al hombre y busca al hombre. Buscar pertenece a la esencia del vivir: **La vida aquí es incompleta.**

La imagen del buen pastor con la oveja extraviada sobre los hombros es una imagen que expresa plásticamente la realidad de nuestras vidas en sus relaciones con Dios. Habla directamente de vigilancia, preocupación, búsqueda y alegría del encuentro. En el centro de la parábola no está la oveja, sino el pastor al que la oveja pertenece.